

1

*Mira hacia atrás
y un relámpago advertirás.
Mira hacia delante
y una eternidad verás.
Parece un misterio,
mas una fantasía es,
porque aparente es el tiempo,
como ilusorios el final
y el principio son.*

—LAS ENSEÑANZAS DEL BOSQUE

Sucedió muy, muy lejos de aquí, en una hermosa pradera, en el claro de un bosque, junto al abrupto declive que va a dar al lago de aguas azules. Allí se elevaba hace muchísimos años un frondoso y apacible árbol cuyas ramas eran tan grandes y altas que parecía que desearan acariciar el cielo.

Radiante, majestuoso, de armoniosa presencia, el gran árbol creció con lentitud y sosiego, y para ello se tomó su tiempo: ancló sus raíces en tierra y expuso sus hojas a la luz del sol. Como corresponde a los de su especie, cesaba un poco en su actividad durante el otoño, y renacía con inusitada frescura y verdor en primavera.

Distanciado de sus compañeros, lejos de la espesura del bosque, era como una nube de frescura en el ardiente cielo

del verano. La enorme fuerza que de él emanaba atraía no sólo a los fatigados caminantes, sino también a incontables y vistosos pájaros. De noble presencia, era el oasis ansiado tras el largo camino, un lugar donde guarecerse del sol y la lluvia, donde comer o soñar.

Una larga y sosegada vida había llenado de sabiduría al grandioso árbol. Un año tras otro, imponente, había sido testigo del simple y armonioso discurrir de las estaciones. Desde su calmada existencia celebraba la llegada de la torrencial y esperada lluvia tras el calor del verano, y luego, suavemente, se adormecía en un descanso invernal que lo regeneraba y preparaba para la nueva primavera. Realmente el árbol vivía rebosante de satisfacción.

Y así hubiera sido por los tiempos de los tiempos si un buen día no hubiera llegado, de una aldea vecina, un chiquillo para jugar a sus pies.

Al principio las visitas se sucedían de vez en cuando; luego se repitieron más a menudo, hasta que llegó un momento en que el niño corría cada día a esparcirse junto al árbol. En ocasiones se dedicaba a apilar piedras que en su imaginación eran grandes ciudades; en otras, inventaba batallas y peleaba y vencía. Llegó a salvar la vida de una princesa, prisionera de un terrible dragón, y aun alcanzó gran gloria cuando capturó a un famoso ladrón.

El anciano árbol, aquellos primeros días, no reparó en el bullicio del niño, pues llevaba mucho tiempo allí y el pequeño muy poco. Con el paso del tiempo, ante la persistencia del chiquillo, el gran árbol comenzó a dirigir su mirada hacia aquellos inocentes juegos.

Sonreía cuando se escondía tras su tronco y se emocionaba al sentir las pequeñas manos que, ingenuamente, trataban de abrazarlo. Asistía a sus juegos infantiles y cuando, fi-

nalmente, caía agotado junto a su tronco y se abandonaba al sueño lo observaba con atención y curiosidad.

Así fue cómo el chiquillo comenzó a formar parte de la vida del gran árbol. Así fue cómo se dejó seducir por el candor del pequeño ser. Porque el amor siempre es posible cuando perdemos de vista la ilusión de creernos diferentes, superiores o inferiores a los demás. El amor perdurará eternamente mientras el pequeño permanezca en su inocencia y el mayor no dé importancia a su grandeza.

Aquel árbol conocía, por supuesto, su grandeza y su poder, aunque eso no era lo más importante para él. La creencia de que se es mejor que los demás es un veneno que contamina sólo a las personas, a algunas; los árboles no sufren esta enfermedad. Para quien se cree grande lo importante es su vanidad, el egoísmo. Para el inefable gozo del amor no existen tales diferencias, no existe grande ni pequeño, porque el amor diluye, hace que las diferencias desaparezcan.

Así, el poderoso árbol, casi sin darse cuenta, empezó a amar al ingenuo niño, y día tras día, mes a mes, esperaba con impaciencia e ilusión la llegada del nuevo amigo. Le gustaba reírse con él, se emocionaba con sus gritos juguetones, lo cobijaba cuando la lluvia arreciaba y lo despedía feliz justo antes del anochecer.

El chiquillo creció y aquellos juegos cambiaron. Ya no se entretenía amontonando piedras; trepaba por el tronco para llegar a lo más alto... y el árbol se inclinaba para facilitarle la subida.

Ya fuera verano o invierno, al llegar el mediodía el muchacho corría hacia el gran árbol, que lo acogía inclinando sus ramas tanto como podía. Era feliz cuando colgaba de su ramaje o se atiborraba de sus frutos maduros. En verdad todo él vibraba en la energía del amor. Porque quien ama es dichoso

cuando puede ofrecerte algo. El egoísta, por el contrario, sólo es feliz cuando ve la posibilidad de quitártelo.

Pasó el tiempo, y el muchacho creció al amparo del árbol. Comía sus frutos, se llevaba sus flores, jugaba a ser un dios en el Olimpo... Y es que el amor nos eleva, pues nos devuelve nuestra divinidad, del mismo modo que el egoísmo nos encarcela tras los gélidos barrotes de lo misérrimo.

El niño disfrutaba con la compañía del árbol y éste se sentía dichoso en presencia del chico. A veces sucedía que el chiquillo llegaba lloriqueando por tal o cual cosa y entonces el árbol se entristecía y buscaba en su interior el modo de consolarlo. ¡Qué hermosa se vuelve la vida cuando el amor es recíproco!

Es solidario quien ama —siempre encuentra el modo de caminar a nuestro lado—, pero a quien es egoísta todo le resulta indiferente, está tan ocupado en sí mismo que no le queda tiempo para pensar, para conversar o para estar junto a los demás.

Llena tanto la presencia del amor que cualquier detalle es motivo de celebración. Ver bailar al niño llenaba de gozo y placer al apacible árbol. En verdad se sentía feliz cuando veía cómo el niño devoraba con fruición sus frutos maduros. Ciertamente algunas ramas sucumbían al afán de arrancarlos, pero ya se sabe que las personas a veces somos poco consideradas. De todos modos, al gran árbol poco le importaba. Para quien ama cuenta más el amor y la intensidad de lo vivido que el dolor de un instante.

El paso de los años convirtió al niño en un adolescente cada vez más ocupado. Empezó a tener responsabilidades, exámenes que superar, nuevos amigos con los que charlar, tenía que buscar ocasiones para festejar y, con todo ello, se desarrolló en él la ambición tan humana de triunfar. Tanto

era así, tan poco tiempo le quedaba, que apenas visitaba ya al árbol.

El primer día que faltó a la habitual cita el árbol quedó pensativo. No era capaz de imaginar qué ocurría. No entienden los árboles de prisas ni de muchas otras cosas que sí preocupan a los humanos; viven día a día, sin angustiarse por el mañana. Pero cuando las faltas del muchacho se prolongaron sí que experimentó el dolor que produce la ausencia del amado. Cada día, con las primeras brumas del amanecer, observaba ansioso el horizonte, pues esperaba vislumbrar en la lejanía la familiar figura. Y pasaban las horas y la tarde avanzaba e, irremediamente, sus ilusiones se desvanecían.

No habrá tenido tiempo. Tendrá muchas cosas que hacer, pensaba.

Es cierto que el amor llega a comprenderlo todo, que puede perdonarlo todo; también lo es que el egoísmo nunca perdona, que surge de la ambición y se alimenta de la rabia, que crece con la envidia y engorda con el resentimiento.

¿Dónde estás, amigo mío? ¿Por qué no regresas?, susurraba el árbol a los cuatro vientos.

Porque el amor habla permanentemente a nuestro corazón, aunque el ser egoísta no pueda oírlo.

Amigo mío, ¿dónde estás? ¿No puedes oírme?

El amor siempre espera.

El gran árbol seguía aguardando y se entristecía cuando al caer la tarde, al llegar la noche, su amigo no aparecía. Las horas pasan lentas cuando se espera al amado que no llega. Cuánto pesa la soledad cuando queremos dar algo y no tenemos a nadie con quien compartir. Qué triste es el amor cuando no tiene a quien otorgar.

El muchacho crecía y cada vez disponía de menos tiempo para visitar a su viejo amigo. Ocurre que algunas personas,

cuando crecen, ya no encuentran tiempo para el amor... Hay demasiadas cosas de que ocuparse, muchas responsabilidades nuevas, tantas que suelen olvidar lo que es esencial. Y así sucedió que el muchacho se olvidó de su antiguo compañero, del que fuera su inseparable amigo.

Pero un día, camino a otra parte, el muchacho pasó cerca del viejo árbol, y las palabras de éste pudieron oírse en un susurro llevado por el viento:

Hola, amado amigo. ¡Qué alegría volver a verte!

No había un solo reproche en aquella expresión de júbilo. Así procede el amor.

El joven se detuvo, lo miró y se acercó a él.

¡Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez!

—continuó, emocionado, el árbol—. *Estaba muy preocupado... Pero ahora, al fin, has regresado. Tu presencia me hace feliz.*

—¿Qué te ocurre? —respondió el joven, sorprendido—. ¿De qué me hablas? No te entiendo.

El árbol no daba crédito a lo que oía.

—¿No ves que ya no soy un niño? ¿No te das cuenta de que ya no puedo perder el tiempo contigo? —En sus palabras había un deje de desdén—. Ahora trabajo, aprendo un oficio. De este modo me haré con una fortuna en el futuro.

¿Una fortuna? —repitió, extrañado, el árbol.

—Tengo prisa —continuó el muchacho—. La riqueza es lo más importante en la vida, pues gracias a ella se obtiene la felicidad.

Pero nosotros somos amigos... —intentó decir el árbol.

—¿Amigos? —Había un tono de burla en aquella expresión—. ¿Cómo vamos a ser amigos? ¿Quién eres tú? —le preguntó, mientras reía—. ¿Tienes acaso alguna moneda de oro para darme? ¡Seguro que no! Entonces, ¿cómo quieres que venga a verte?

Así vive y siente el egoísta: sólo piensa en sí mismo y en obtener lo que pueda de los demás. Cuando se acerca a alguien, lo hace con zalameras palabras y halaga para que quien atiende sus palabras se sienta especial. Seduce, y no porque ame o anhele compartir amor, sino porque desea sexo, dinero o cualquier otra cosa. Sólo sabe de intereses y beneficios. No conoce el amor, no, ni mucho menos le interesa comunicarse. Permanece mientras obtiene, y por eso le gusta usar a los demás, y explotarlos, para abandonarlos cuando no reciba ya nada más.

El árbol permaneció un instante en silencio, reflexionando, y al fin dijo:

¿Regresarás otra vez si te muestro el modo de obtener riqueza?

Puede parecer extraña la respuesta, pero lo cierto es que los árboles no saben de egoísmos ni de reproches, no sufren de rencores y sólo conocen el amor. El egoísta sólo piensa en recibir, nunca da nada, es inagotable en sus demandas.

—Oro, necesito una moneda de oro —insistió el joven—. Si tuviera una sola haría que se multiplicase...

Los árboles no necesitamos monedas de oro —se disculpó con dulzura el árbol—. No tenemos esa obsesión, por eso vivimos tantos años. La lluvia llega cuando tiene que llegar, y mis ramas se llenan de hojas que atrapan el sol y de flores que fructificarán, que darán fruto. Todo sucede sin la necesidad de riqueza. Vivimos de la luz, y el suelo y el agua nos nutren. Vivimos en armonía, en paz.

Pero el muchacho ya no escuchaba, sólo repetía las mismas palabras:

—Yo necesito una moneda de oro. Y no debo perder tiempo contigo si quiero conseguirlo; tengo muchas cosas que hacer —replicó; a continuación, dio media vuelta y empezó a alejarse del lugar.

Espera un momento —suplicó entonces el árbol—. *Sé cómo puedes obtener tu moneda de oro.*

El joven se detuvo, se dio la vuelta y le dirigió una mirada incrédula.

Tengo una idea. Hay algo que puedes hacer para obtener tu moneda. Mira mis frutos; son hermosos, ¿verdad? Si los recoges y los vendes en el mercado obtendrás el oro que deseas.

Al muchacho se le iluminó el rostro. En pocos segundos ya subía por el tronco para arrancar todos los frutos que pudo, y los llevó al mercado y los vendió. Al día siguiente volvió con dos grandes cestos y se llevo muchos más. Y así durante varios días.

El árbol volvía a ser feliz. Se mostraba radiante, a pesar de las ramitas rotas y de las hojas arrancadas —*¡Qué importa un poco de dolor cuando hay amor!*—, a fin de cuentas, su amigo había vuelto, había aceptado su ayuda y ya nunca se separarían..., o eso creía.

Tan feliz estaba el árbol, sumergido en la ternura del amor, que siquiera se dio cuenta al principio, cuando se agotaron los frutos, de que el joven no volvía ni aun para despedirse o agradecerle su regalo.

En efecto, desapareció. Había ganado su moneda de oro y tenía que hacerla fructificar. A partir de entonces podía comprar y vender, invertir en esto y en aquello. Y sí, ciertamente estaba muy ocupado, pues tenía aspiraciones, grandes ambiciones. Y con tanto ajetreo, quién se acordaría de un viejo y solitario árbol.

Los años pasaron y la tristeza y la soledad cubrieron con un negro manto la existencia del árbol. No había noche que no soñara con el regreso de su amigo. Las estaciones se sucedían y él, incansable, seguía aguardando, como la madre que

se inquieta por la noche ante la tardanza de su hijo. Todo él agonizaba de dolor.

Transcurrieron muchos años; fue al final de un otoño, la húmeda bruma empezaba a cubrir los campos como anuncio de la llegada del invierno, cuando el árbol divisó a lo lejos una figura que le resultaba conocida. A medida que se acercaba sus rasgos le parecían cada vez más familiares.

Sí, es él, pensó, y un escalofrío recorrió todas sus ramas.

Había crecido, ya no era un muchacho. Claro, no podía serlo después de tantos años, pero el árbol conservaba el recuerdo de los grandes momentos de felicidad que habían compartido. Por fin, su gran amigo había vuelto, convertido en un hombre. Y todo él vibraba en la energía del amor.

Hola, amigo mío. Te he esperado tanto tiempo... Tócame, acaricia mi tronco, como hacías antaño, ¿lo recuerdas?, cuando eras niño.

—¡Qué tonterías dices! —respondió el muchacho convertido en adulto—. ¿No te das cuenta de que soy un hombre?, ¿no sabes que los hombres nunca mostramos nuestros sentimientos? ¡Eso es cosa de mujeres! —Sí, hay quien piensa así, quien cree que expresar amor es inadecuado—. Además, estoy muy ocupado..., necesito con urgencia más oro. No es la estación de las frutas y no sé cómo conseguirlo. ¿Puedes ayudarme?

¿Aún más riqueza necesitas? —preguntó el árbol, como si no creyera las palabras de su amigo—. *Ya te dije que nosotros nunca hemos necesitado oro.*

—Pues a mí me hace falta de inmediato, si no perderé todo lo que con tanto esfuerzo gané.

Así que te gustaría obtener más riqueza —respondió, pensativo—. *Bien, si quieres más oro sólo tienes que cortar mis ramas, llévartelas y venderlas.*

—¡Claro!, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Mañana regresaré y las cortaré.

A la mañana siguiente el hombre llegó acompañado de unos trabajadores que, armados con grandes sierras, empezaron a cortar cada una de las ramas del gran árbol. Las amontonó en el carro en el que habían llegado y se las llevó, cantando de alegría.

Ni una sola vez miró atrás para dedicar un gesto de agradecimiento por aquel regalo. Pero al gran árbol no le importaba, ofrecía gozoso todo cuanto tenía a aquella persona a la que tanto había amado.

Cuando se acerca el invierno los árboles pierden fuerza, parece que duermen... y seguramente lo hacen. Quedaba de aquel ser un madero desnudo en medio de la pradera. Había desaparecido su grandeza. No le quedaban ya ramas ni flores ni frutos, y ni siquiera los pájaros lo visitaban para entretenarlo con sus trinos.

Solo, desnudo, soportaba el frío en invierno y el implacable calor en verano, y ciertamente aquellas inclemencias lo herían, sobre todo por la desnudez de su tronco.

En vano esperaba que el regreso del hombre lo consolara en su soledad, en aquella desnudez. Apenas atesoraba ya energías suficientes para esbozar un pensamiento, un deseo, y cuando conseguía reunir esas pocas fuerzas era para preguntarse cuándo volvería su amigo, para que le hablara, para reír juntos, para compartir la felicidad de tiempo atrás.

Debe de tener mucho trabajo, lo disculpaba.

Un buen día un anciano se detuvo frente al desgarrado árbol. No era el hombre vigoroso de antaño, pero lo reconoció de inmediato.

¿*Qué deseas?* —le susurró, con las escasas energías que le quedaban.

—Soy un hombre mayor —explicó—, y no me ha ido mal en la vida. He sido listo y he sabido hacer buenos negocios —sé cómo se gana el oro— y tengo una hermosa casa. Soy un hombre de éxito.

Entonces, ¿qué te trae de nuevo por aquí? —le preguntó el árbol.

—He conseguido casi todo lo que deseaba, pero la vida ha cambiado mucho últimamente y hay dificultades y escasez. He invertido mi dinero y no debo tocar mi inversión, pero en estos momentos necesito más monedas de oro. Y no sé qué puedo hacer.

El árbol permaneció unos instantes en silencio y al fin respondió:

Eso no será ningún problema... Fíjate, aún tienes mi tronco; puedes cortarlo, venderlo y hacer dinero con él.

«Es enorme», se dijo para sí, admirado, el anciano.

Por él te darán mucho oro. Y sólo te pido a cambio, amigo, antes de que te lleves lo último que aún me queda, que no te olvides de mí, que no tardes tanto en regresar. Acuérdate de tu buen amigo que siempre te espera.

Y así ocurrió que el anciano hizo cortar el tronco en varios pedazos, lo cargó en unos cuantos carros y se fue para siempre.

El gran árbol había desaparecido. En su lugar, casi a ras de suelo, quedaba sólo un tocón, un muñón, una protuberancia que, a pesar de todo, seguiría esperando el regreso del amigo amado.

Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que otro humano se interesara por el viejo tocón, olvidado por todos en medio de la pradera. Era un viajero de aspecto un tanto peculiar, por

su físico, por su porte, por el caminar ni lento ni rápido, por aquella determinación carente de casualidad con que se dirigía directamente hacia lo que quedaba del árbol viejo. Su cuerpo, fuerte y hermoso, resplandecía bajo el reflejo de la luz del sol, y su rostro sereno esbozaba una sonrisa inocente como la de un niño, de aquellas que nacen del corazón. Cuando llegó junto al tocón lo contempló con sus ojos oscuros y penetrantes.

¡Qué extraño! —pensó el árbol—. Su cuerpo es el de un joven, pero posee la mirada sabia del anciano que ha vivido largamente.

El viajero se sentó frente al tocón y guardó silencio. Su ropaje era escaso; apenas una pieza de tela blanca enrollada a la cintura medio ocultaba sus fuertes piernas de caminante. Su rostro, su mirada tranquila y discreta, sus manos y aun cada uno de sus dedos hablaban de paz, de serenidad y de amor. No había en él angustia ni culpa. Sólo una imperturbable tranquilidad emanaba de él mientras respiraba suavemente.

El árbol creyó que el tiempo se detenía, aunque tal vez fuera que pretendía conservar para siempre aquel entrañable momento. Se sentía fascinado, nunca antes había visto a nadie igual. Su apacible presencia era como el cristalino elixir que su alma anhelaba. El espíritu del árbol supo entonces que se hallaba ante un maestro de sabiduría. Sí, en él podía confiar, podía abrirle las puertas de su corazón en busca de alguna respuesta.

De este modo, imperceptiblemente, como si temiera romper la serenidad del momento, dejó que surgieran de las profundidades de su ser sus recuerdos más íntimos.

El joven maestro atendía con todos sus sentidos al relato del árbol. Cada una de aquellas expresiones era recogida en

la inmensidad de una comunidad silenciosa en la que los pensamientos del árbol sólo eran el vehículo que transmitía sus sentimientos. Ciertamente parecía que la comprensión del joven no tenía límites.

El árbol le describió los pormenores de sus juegos con el niño; le habló de sus risas y sus llantos, de cómo había crecido, y también de cómo lo había amado. Eran pensamientos sinceros, narrados con simplicidad, como son los de los árboles. Sin añadir ni quitar nada, permitía simplemente que su historia surgiese de su interior. Le contó cada una de las demandas del muchacho, su necesidad de ganar dinero y cómo gentilmente lo ayudó. Detalló cada una de las mutilaciones que había sufrido y cómo el hombre, finalmente, había desaparecido con la carga de leña hecha de su tronco.

Y, cómo no, le hizo partícipe de su deseo de un reencontro, de la ilusión con que esperaba el regreso del hombre.

Tendrá muchas cosas que contarme —murmuró en un suspiro el árbol—. *Hace mucho que lo espero..., y me siento confundido. A veces pienso que tal vez le haya pasado algo. ¿Es posible que haya sufrido un accidente?* —preguntó.

Pero el joven se limitaba a escuchar en silencio su queja.

¿Y si finalmente se ha arruinado? —insistió el árbol—. *¡Cómo me gustaría saber qué ha sido de él! Ahora que ya no me queda nada..., qué feliz sería si pudiera volver a verlo.*

En aquel momento el joven maestro acarició con bondad infinita el tocón que antaño había sido un árbol imponente y hermoso. A continuación, cerró sus insondables ojos unos instantes y besó con dulzura la ajada corteza.

Y el viejo árbol se sintió reconfortado por el infinito poder del amor.

Entonces el joven abrió de nuevo los ojos, observó el viejo tocón y con expresión de respeto hacia aquel relato dijo con voz suave y firme:

—Amigo árbol, este hombre que tanto esperas nunca regresará. No lo hará porque sabe muy bien que tú ya no tienes nada que ofrecerle. Nunca te amó, sólo ambicionaba tus recursos. Pero tú tampoco lo amaste, porque si algo le diste lo hiciste porque de ese modo confiabas en retenerlo junto a ti. Y amar no consiste en darlo todo, sino en ofrecer lo adecuado y estar, al mismo tiempo, dispuesto a recibir.

En aquel momento posó su mano con gesto paternal sobre el tocón, y continuó:

—Profundiza ahora en la experiencia del amor incondicional, comprende la armoniosa naturaleza del dar y del recibir, embébetete de la energía inagotable, del poder del amor que hay en ti.

Y sucedió algo extraordinario. Al contacto con su mano el espíritu del árbol se sumió en una profunda y renovada calma. Como si no tuviera ante sí al joven maestro, empezó a vislumbrar otros rostros, un caudal de caras que desfilaban ante él... centenares, miles de semblantes distintos... todos se le acercaban. Y ocurrió que todos esos rostros adquirieron al final una misma apariencia, que adoptaba rasgos infantiles, los mismos que los de su amado niño, los de aquel joven, los del hombre, los del anciano. Cambiaba el cuerpo con el tiempo, pero era el mismo rostro que se renovaba constantemente, unas veces odiado, otras amado.

Entonces se vio a sí mismo como una sencilla semilla engendrada entre los pétalos de la flor de un gran árbol y, aún semilla, vio a continuación cómo un pájaro la transportaba en su pico hasta que por fin caía en el prado. Contempló el amanecer del mundo, galaxias que explotaban y se consumían,

y luego quietas aguas que se mecían en la oscuridad de la noche. Y en todo ello había algo que se entretejía entre todas las cosas, y un hilo de continuidad, algo débil, sin sustancia, aunque con existencia. Y experimentó a través de esos hilos el universo entero.

Todo era luz.

Y más allá, y por encima del firmamento, entrevió la sonrisa del innombrable poder que trasciende la existencia. En ese instante, su conciencia comprendió la infinitud del tiempo, el misterio de la vida y la muerte. Se dejó arrebatar por un profundo estado de amor y sabiduría y la realización máxima llenó todo su ser con una inefable gratitud.

A medida que el inmutable y luminoso éxtasis lo embargaba, todo atisbo de vida se recogía en lo más profundo de sus raíces, preservando así su singularidad en el nutricio seno de la madre Tierra.

Cuando la imagen del mundo se desvaneció por completo de la conciencia del árbol y quedó sólo el vacío y el silencio, el joven maestro, que había permanecido junto a él sin moverse, se incorporó y, en silencio, se dirigió hacia el bosque; allí pareció que se desvanecía, como si se fundiera con las doradas coloraciones de los árboles. Todo ello ocurría bajo el rojizo cielo del atardecer de un lejano día de otoño.

Así fue como el gran árbol alcanzó finalmente la completa comprensión sobre la naturaleza del amor.